

XIV.

NO quiero que se diga que he firmado un pacto con mi gratitud para encontrar perfecto, como Orador, al Ilmo. Señor Silva; ni que se atribuyan mis humildes conceptos á "disculpables errores del entusiasmo y del amor;" prefiero, y con gusto, en asunto tan grave, afirmar sobre la fé agena, y por lo mismo, recordaré someramente uno de sus más espléndidos triunfos aquí conquistados, su verdaderamente magistral Elogio Fúnebre del Ilmo. y Rmo. Señor y Maestro, Don Fray Antonio Alcalde, con motivo de las solemnidades del 1er. Centenario de este Prelado esclarecido; y lo recordaré, no sólo para recrear el alma en el mundo de bellas ideas y de sentimientos generosos que nos sugiere el solo eco de tan venerado nombre, sino para traer en nuestro apoyo la autorizada é irrecusable opinión de sabios, de literatos eminentes y de un maestro consumado en la Oratoria Sagrada.

Dice nuestro ya citado Dr. Don Ramón López, en la Reseña que escribió sobre la celebración del referido Centenario, juzgando el trabajo oratorio del Ilmo. Sr. Silva: "Concluída, con la suntuosidad que acabamos de indicar, la grandiosa *Misa de Requiem*, subió á la tribuna sagrada, ricamente enlutada, el orador de la lúgubrement espléndida solemnidad, Ilmo. Sr. Dr. D. Atenógenes Silva ya en esos días preconizado Obispo de Colima."

"La Oración Fúnebre que en honra y alabanza del héroe de la caridad en estas regiones iba á pronunciar el entonces Lectoral y Príncipe Electo de la Iglesia Colimense fué, entre las hermosísimas manifestaciones del Centenario Alcalde, una de las más halagadoras espectativas. La justa fama, por una parte, no solamente de notable, sino de PRIMER ORADOR que en la ciudad y en la Arquidiócesis, ya tenía de antemano conquistada el Ilmo. Sr. Silva; y por otra parte, la grandiosidad del hombre, del cenobita, del sacerdote, del Prelado que iba á ser elogiado en la Cátedra del Espíritu Santo, y no mediante una improvisación, ó poco menos, como son ordinariamente los sermones del Sr. Silva, aún en las grandes festividades, sino con un discurso preparado y estudiado como lo pedía la grandeza é importancia del héroe; todo esto, como era natural, hacía que el inmenso auditorio esperara una gran cosa, una producción notable, una obra maestra de sagrada elocuencia, digna de ambos Prelados, del panegirista y del encomiado. Y á fé que no se engañó el selecto y apiñado concurso!"

"Subió pues el Sr. Silva al púlpito, trémulo, vacilante y pálido por la terrible enfermedad que pocos días antes lo había en un momento arrastrado á las orillas del sepulcro y de la cual, maravillosamente librado, se encontraba en ese día en la convalecencia; y con la elevación de

ideas, originalidad y profundidad de pensamiento, gráfica belleza de imágenes, y magnificencia, pompa y espléndez de lenguaje, que caracteriza la oratoria del hoy 3.er Obispo de Colima; y con la unción y tierna piedad con que habla siempre en la tribuna santa, hizo el afamado y grande orador el Fúnebre Elogio del *Fraile de la Calavera*, del esclarecido y santo Prelado que á fines del siglo último rigió los destinos de la Iglesia Guadalupeña y que se descata y brilla por su caridad, en la gloriosa falange del Episcopado Jalisciense, como la primera y más radiosa figura, como el ángel tutelar de esta región del Reino de Jesucristo, como el sol en el firmamento! . . ."

¡Con razón! ¡Sólo el genio del Ilmo. Señor Silva puede comprender en toda su excelsitud la gloria del Ilmo. Señor Alcalde! . . .

También nuestro inolvidable Maestro (que de Dios en paz goce,) el respetable jurisconsulto Don Manuel Mancilla, honra y prez del Foro y de las letras jaliscienses, así juzga al Ilmo. Señor Silva: "Nosotros, en nuestra larga vida, hemos oído predicar á los oradores más afamados del Viejo Continente, que hablan español, francés é italiano, hemos tenido el honor de escuchar á Lacordaire, Comballot, Ventura de Ráulica, y á otros de los varios oradores españoles, de México y de esta Capital. No diremos por eso, que nuestro juicio es autorizado, pues nuestras débiles facultades nos desmentirían; pero algo ha de haber quedado de oír tanto, y tan bueno, en nuestra memoria, que haya influido en nuestro gusto literario-religioso; y siempre hemos creído que el Sr. Silva se halla á la altura de su siglo, de su Catedral, y de su reputación. Últimamente ha puesto el sello de su elevada fama, en la magnífica Oración Fúnebre que pronunció en esta S. Catedral, en el Centenario del I. S. Alcalde, de feliz memoria."

XV.

NO hay pues hipóbole, ni extraviada opinión, ni injusticia para los demás, ni exageración alguna en llamarte joh, caritativo, ELOCUENTISIMO y santo Obispo de Colima, el PRIMER ORADOR SAGRADO de esta culta y benemérita Arquidiócesis! Y si como dice Teófilo Gautier, "la belleza es un diamante que debe siempre ser montada en oro," concede á este indigente del estilo, "ese pedestal del verbo de la mente," que ocurra á los millonarios de la frase según los cánones del *rito griego* en demanda de un concepto apropiado, soberbio, espiritual y grandioso en que presentar como en base indestructible, á la veneración de propios y extraños, tu colosal y espléndida figura; deja, pues, que te diga con el eminente trágico de la Grecia inmortal: *Ασπῶν τῆ πρώτων χριουσι*,— "te consideran el primero de todos."

No obstante esto, elévate cada día más, si aun es posible, en la región diamantina del mundo de lo bello para que nunca jamás perezca tu memoria, cuya es la sentencia del árbitro del buen gusto, del gran lírico latino:

*“Yllum aget penna metuenti solbi
Fama superstes.”*

Para mí, Maestro queridísimo, ya has herido con tu frente radiosa las estrellas, y las yedras, premio de las inteligencias preclaras, te mezclan con los numenes celestiales; ya por derecho propio eres inmortal, y tu verdadero elogio está contenido en aquel verso sublime del divino Homero, que tan devota admiración causara al inimitable Orador Romano en aquel apóstrofe honrosísimo dirigido al anciano Néstor, símbolo y personificación de la sabiduría helénica:

Τὸδ' αὖτις ἀπο χροσσοῦ μελιτος γλυκίου ῥήγανδι.

“la palabra fluye de tus labios más dulce que la miel!”



MAESTRO.



*Dum iuga montis aper, fluvios dum piscis amabit,
dumque thymo pascentur apes, dum rore cicadae,
Semper honos, nomenque tuum, laudesque manebunt.*

VIRGILIO.—Bucólica, Egl. V.

Mientras los jabalíes moren en las cumbres de los montes, y los peces en los ríos, mientras las abejas liben el tomillo y las cigarras el rocío, siempre vivirán entre nosotros tu gloria, tu nombre y tus loores.



I.



INSENSIBLEMENTE arrastrados por el deseo de admirar, lo más de cerca posible, como Obispo y Orador, al Ilmo. Señor Silva, esa lumbrera intelectual y moral de nuestra historia contemporánea, hemos ido demasiado lejos; la fatiga del ascenso nos obliga ahora a parar mientes en que el barómetro de nuestro criterio marca el límite de altura a que puede llegar nuestra débil razón, apoyada en los exiguos conocimientos que posee: más allá, el vértigo se apoderaría de nosotros, y rodaríamos sin remedio a un abismo, porque en la región de las nubes, tan pronto como se llega a una cierta altura, hasta el vapor del incienso se congela y cae formando la escarcha y el granizo. Hemos sentido la voluptuosidad de la audacia feliz que con tanto ahínco como arrojo llevó nuestra admiración ferviente hasta muy cerca del excelso espíritu de aquel coloso; pero la mirada y la inteligencia vuelven al suelo anonadadas, y el divino terror de lo infinito se apodera con silencioso imperio de las facultades de nuestra alma. Es ésta una ley ineludible del espíritu humano: Lamartine, al entrar en Constantinopla, “el lugar más hermoso del mundo, a juicio de todo el mundo,” la ciudad más espléndida de Europa, según Chateaubriand “el más bello espectáculo del Universo,” “la hada de los mil amantes,” como la llaman los turcos, arroja un grito de asombro y da gracias a Dios por tanta maravilla, revelando así la intensa e inexplicable sensación que debe haber producido en su alma privilegiada el espectáculo grandioso de aquella voluptuosa Stambul, rara mezcla de risueña y elegante ciudad europea y de austera y soberbia población oriental; muellemente